

REFLEXIONES SOBRE EL ARTE A TRAVÉS DE LA MIRADA: «EL PERRO» DE CÉSAR AIRA

NATALIA PLAZA MORALES
Universidad Cergy–Pontoise, París

César Aira es un escritor, traductor y ensayista argentino contemporáneo. Autor prolífico, define su escritura como una forma óptima de poder disfrazar sus teorías personales, las cuales versan sobre temáticas de diferente índole. Su narrativa lleva el sello de una escritura procedimental o experimental y, se concibe como cercana a la búsqueda estética de algunos movimientos de vanguardia de los años 1920-30.

Si leemos algunas historias del argentino, encontramos a menudo referentes que nos hacen pensar en la importancia que este escritor concede a lo visual, algo que en algunos relatos de ficción contenidos en su compilatorio *Relatos reunidos*¹ no duda en poner de relevancia. Así, por ejemplo, en «A Brick Wall», el narrador describe cómo el cine ha marcado su infancia y la influencia que las imágenes de películas han tenido para su percepción de la vida en general. Estos pasajes nos inducen sobre la pista acerca de cómo las técnicas cinematográficas han podido tener una repercusión directa en una narrativa donde lo visual recrea un modo escritural que concede al artificio de la mirada un papel fundamental:

En ese momento la cámara sigue su mirada, y enfoca durante un momento la pared de ladrillos. Esa toma fija de una pared de ladrillos, mientras la voz decía justamente «una pared de ladrillos», fue lo que me cautivó. En el cine que yo veía entonces en Pringles, cada imagen, cada palabra, cada gesto tenía sentido. Una mirada, un silencio, una demora casi imperceptible, anunciaba la traición o el amor o la existencia de un secreto.

Una ficción que me propongo leer a modo de un pequeño ensayo hermenéutico del arte contemporáneo es su relato corto «El Perro» (2008), también publicado en su volumen recopilatorio de *Relatos reunidos* (2013). Aquí, la mirada se conduce como mecanismo narrativo que ofrece sentidos originales para esta poética. Reescribimos este relato en tanto que una metáfora predicativa que nos permite reflexionar sobre

¹ César Aira, *Relatos reunidos*, Barcelona, Mondadori, 2013.

arte contemporáneo y su reencuentro con el arte del pasado. A través de la mirada, como puesta en marcha narrativa de la imagen descrita en movimiento, el narrador cuenta todo un espectáculo que consiste en narrar cómo, en el pasado, un perro persiguió a un auto público en el que se encontraba el propio narrador-protagonista, quien cumpliría las funciones de un transeúnte que se pasea por la ciudad argentina de Pringles, localidad de origen del escritor argentino. Ni el narrador ni el propio lector —quien también «mira» a través de los ojos de este personaje que cuenta su propia historia pasada en imágenes—, logran adivinar el verdadero motivo de tal persecución del perro: «Entonces lo vi. El perro corría por la vereda y le ladraba a nuestro colectivo, lo seguía, aceleraba para no quedarse atrás.» (41) Mediante la mirada, en cuestión de segundos, el transeúnte y el perro se encuentran, se visualizan desde una distancia que se va acortando. Entretanto, el personaje describe la imagen en movimiento del perro, el cual continúa persiguiendo al auto como en un estado de rabia: «Seguía corriendo a la par como un poseído...y él también me miraba. Ahora ya lo sabía: era a mí al que le ladraba, a mí al que corría. El terror de las catástrofes más impensadas se apoderó de mí. Ese perro me había reconocido y venía por mí» (42). Pero en este cruce de visiones, el transeúnte acierta a atisbar en la mirada del perro un brillo de reconocimiento, cree adivinar que es a él a quien persigue finalmente. Al tener una visión más cercana y precisa de esta figura que lo persigue, el narrador se da cuenta de que existe en la mirada de este animal una especie de angustia, sensación que nada tiene que ver con la rabia primera que había casi «imaginado» tras aquella silueta en movimiento percibida desde la distancia: «Nuestras miradas se habían cruzado, y en él no vi la furia que esperaba, sino una angustia sin límite, un dolor que no era humano, porque un hombre no lo soportaría. ¿Tan grave era lo que yo le había hecho?» (44).

Entre semáforos, pausas y aceleraciones del auto, y ante la proximidad del perro, el personaje confiesa incómodo cómo en aquel momento le hubiese gustado que el animal dejase de existir, que muriese, y evitar así el reencuentro presagiado que tendría lugar en el momento en que el auto se detuviese: «El colectivo seguía acelerando, cruzábamos la segunda bocacalle, y el perro, que se había retrasado, cruzaba también, pasando frente a un auto detenido por el semáforo; si ese auto hubiera venido en marcha habría cruzado igual, tan engeguecido que iba. Me avergüenza decirlo, pero le deseé la muerte» (44).

En tanto que lectura posible de esta corta ficción, me gustaría formular cómo el arte pasado se podría personificar en la figura del perro, el cual se reencuentra con el arte presente simbolizado en el transeúnte, y este segundo a su vez concibe al animal como minúsculo, indefenso, sin fuerzas, a medida en que lo observa con más nitidez. Pero a pesar de esta imagen patética, el perro sigue avanzado detrás del transeúnte. Este último, situado en una posición privilegiada (sentado en un auto y visualizando

en imágenes lo que está sucediendo) observa cómo el perro (el arte del pasado) está cada vez más próximo al auto. Entonces, describe a este animal como reflejo de la propia angustia que el narrador-protagonista lee en la mirada de este ser, un malestar percibido a través de los ojos del animal y proyectado en forma de lástima hacia esta criatura surgida de la nada. Una frase del relato, «le deseé la muerte», nos lleva a pensar en algunas críticas filosóficas sobre el devenir del arte, aquellas de Hegel o de Arthur Danto en *Después del fin del arte* (1995). Tales hipótesis predicen que el arte del futuro no es más que un reflejo del pasado y, en este sentido, no puede más que alimentarse de obras ya preexistentes. Así pues, desde esta óptica de lectura, al estar finalmente frente al perro, el transeúnte de esta narración no experimenta miedo sino más bien pena por este ser, el cual le resulta extremadamente ridículo y viejo. Un perro moribundo al que esta carrera, —como declara el personaje de ficción de Aira—, le hará más mal que bien, le dejará incluso más débil de lo que ya está. El transeúnte contempla estos gestos en movimiento del perro como si se tratase de aquel que visualiza una película en una sucesión de imágenes: «Me pareció más pequeño, más patético, casi ridículo. Los otros pasajeros empezaron a reírse. Era un perro viejo, gastado, quizás al borde de la muerte. Los años de rencor y amargura que este estallido dejaba adivinar habían dejado su huella. La carrera debía estar matándolo. Pero no podía evitarlo, si había pasado tanto tiempo esperando el momento. Y efectivamente, no aflojaba. Aun sabiendo perdida la partida seguía adelante, corriendo y ladrando, ladrando y corriendo» (44).

En este sentido, la lectura de este relato puede plantearse como una metáfora predicativa del arte contemporáneo y la temporalidad de la obra de arte. Este perro reconoce al transeúnte (como el perro fiel que no olvida a un antiguo dueño que le ha abandonado, por más que pasen los años). Y ahora, viejo y desgastado, termina por llegar hasta su extrañado dueño, por alcanzar el presente, en un reencuentro que provoca en el transeúnte una sensación de lástima sin apego. El arte presente parece en principio escapar al pasado, es más rápido y más joven. Y sin embargo, no puede evitar sentirse extraño, desear romper todo vínculo con el arte pasado («me avergüenza decirlo pero le deseé la muerte» (44). Y en las palabras del personaje de Aira, leemos cómo éste reconoce al fin una cierta «forma», lo que nos lleva a pensar en la vinculación del arte del pasado y su proyección con el arte del presente. «Un paisaje abstracto» —dicen las palabras del narrador-protagonista cuando termina por recordar al perro. Pero este reconocer es tan sólo un instante preciso, una visión estética que no dura en el recuerdo, un flash-back que no cala al presente. Al transeúnte, la figura del perro le sigue produciendo una sensación penosa, quizás porque no puede sino mirarlo desde el ahora, como una figura extenuada y al borde de la muerte: «Tuve una visión fugaz de su figura, en un paisaje abstracto (el infinito) y sentí pena,

pero una pena tranquila, casi estética, como si la pena me viera a mí desde tan lejos como yo creía estar viendo al perro» (44).

«¿Por qué dirán que el pasado no vuelve?» —se pregunta el personaje de Aira al reencontrarse con este perro al que cree conocer, aunque desconoce en qué momento se han visto antes. Y reflexiona el transeúnte en torno al pasado y al presente, en un divagar filosófico que se centra en dos seres cuyo recuerdo no ha sido fortuito sino buscado por el pasado mismo. El presente triunfante es joven, y es por eso por lo que el transeúnte se cuestiona, desde su posición privilegiada, acerca de la tristeza que le puede suscitar al propio perro el ser ya viejo y moribundo: «Ahora, una vez más, el presente se desembarazaba de un invitado molesto. El incidente me dejaba un sabor agridulce en la boca, por un lado el alivio de haber escapado por tan poco, por otro una comprensible amargura. Qué triste era ser un perro. Vivir con la muerte tan cerca, tan inexorable» (45).

Termino esta lectura del relato de Aira con una reflexión sobre la imagen metafórica que surge de esta pequeña historia de ficción. El arte presente siempre tiene muy de cerca al arte del pasado, en el cual termina por reconocerse y que acaba por alcanzarle. El arte presente, desde su postura, se creará perseguido por el pasado, tal y como lo describe el personaje de Aira en su reencuentro con el perro. Podremos pensar, tras la lectura de este relato tan original, que más que ser perseguido, el arte del pasado es esa sombra que acompaña al arte del presente, que le pisa los talones, quizás porque este último no puede evitar llevar consigo la huella de lo que ya está hecho. De ahí que se diga que el arte no avanza y que se formulen hipótesis sobre la muerte del arte. El arte contemporáneo parece no poder huir de las formas del pasado. Por desgastadas y obsoletas que estas estéticas pasadas se nos presenten ahora, si profundizamos en tales formas artísticas, siempre habrá un instante de reconocimiento, una recreación viva de sus manifestaciones y pretensiones. Lo que podría traducirse como la reconstrucción y la reinención constante por la que las formas artísticas pasadas y presentes están entre sí conectadas. De ahí la lectura que hago del pasaje final del relato de Aira y la forma reinvertida en que termina por reflejarse la figura de este perro ante el narrador-protagonista. Ahora ya vital, ágil, y si metaforizamos esta figura en arte, ahora de nuevo, moderno: «Era como si antes, desde la ventanilla, lo hubiera visto a través del recuerdo o de la idea que me hacía del daño que me había causado, mientras que allí dentro del colectivo, ya al alcance de la mano, veía su realidad. Lo veía joven, vigoroso, elástico, más joven que yo, más vital (en mí la vida había ido desgastándose todos estos años, como el agua de una bañera), sus ladridos retumbaban en el interior con una fuerza intacta, los dientes blanquísimos en las fauces que ya se cerraban sobre mi carne, los ojos brillantes que no habían dejado por un instante de estar fijos en los míos» (48).